

# EL AULLIDO DEL LOBO

## LOS INDIVIDUOS

-No te preocupes. Yo siempre os cuidaré.

Julián habló a su padre, que lo miraba con ojos cansados.

-Hace tiempo que el tren me dejó en la última estación.

-No digas eso, papá. Estás como un roble ¿verdad mamá?

La madre se encontraba sentada junto a su marido, rodeados de muebles demodé comprados antes de que llegara la jubilación. Delante de ellos una mesa de camilla, y, enfrente, un televisor de pantalla plana.

Julián se dirigió a la cocina. Lo tenía todo ordenado, limpio. Preparó el desayuno de ambos, y lo sirvió en el salón.

-Cuanto trabajo te ocasionamos, hijo –se lamentó la madre.

-¿Trabajo? Pero si no encuentro fuera. Bastante hacéis con mantenerme aún.

Esa mañana el termómetro caminaba inexorablemente hacia los cuarenta grados. Sobre las doce, y después de terminar los dormitorios, Julián salió a realizar la compra de cada día. Se desenvolvía con soltura dentro del supermercado y en poco tiempo llenó la cesta. Vas demasiado cargado hoy. Era Emilia, la empleada del autoservicio, una chica bastante atractiva. Él respondió con un esbozo de sonrisa; se sentía intimidado cuando ella lo miraba y solía bajar la cabeza. Le faltaba valor para mirarla a los ojos. Voy a estar unos días fuera, y quiero dejarles el frigorífico lleno, le respondió Julián. Qué buen hijo eres, si necesitas ayuda dímelo, se ofreció la cajera. No, gracias. ¿Vacaciones? No, no, solo unos días con los amigos. Para romper la rutina, ya sabes. Le hablaba mirando al mostrador. La chica le presentó el ticket, él pagó y se marchó sin levantar la cabeza. Llegó a su casa, colocó la compra y después se dirigió al salón. La televisión hablaba y hablaba.

-Os recuerdo que la tía Soledad se hará cargo de vosotros durante unos días.

-No te preocupes, hijo. Diviértete todo lo que puedas, que falta te hace –dijo la madre.

-Si yo pudiera –se lamentó el padre.

-No te dejamos ni que te eches una novia -insistió la mujer.

&&&&&

Fernando repasaba el informe sobre el último servicio efectuado por su brigada; el rescate de una mujer atrapada por las llamas durante un incendio. El monte había ardido como una tea y la casa labriega estaba siendo cercada por el fuego. Los animales balaban, mugían, gruñían y ladraban desesperadamente. Cuando los bomberos llegaron al lugar, observaron como la mujer intentaba habilitarles una salida para que escapasen. Algunos animales lo consiguieron, pero, cuando vino a darse cuenta, un enorme muro de fuego se había levantado ante ella. Eran las mismísimas llamas del Infierno de Dante extendidas a su alrededor y oscilando a merced del viento. Una pared abrasadora, densa, sin fisuras, sin una sola grieta. Estaba atrapada.

Al otro lado los bomberos gritaban intentando animarla, mientras las portentosas llamaradas parecían bendecidas con un hisopo. El agua solo las acariciaba. Entonces la mujer comenzó también a gritar. Era como una partida de tenis de chillidos y alaridos a uno y otro lado de la cortina de fuego.

Dos camiones de refuerzo llegaron en ese momento y se detuvieron a escasos metros del fuego. Los gritos eran cada vez más angustiosos y varios integrantes de la nueva brigada comenzaron arrastrar las mangueras buscando un resquicio. Del otro vehículo saltaron varios bomberos. Necesito tres valientes, gritó el jefe. Hay que atravesar el fuego con unas cuantas mantas por aquella grieta que acaba de abrirse. Dos de ellos se lanzaron a por ellas y atravesaron las llamas. Detrás iba Fernando, pero cuando sus compañeros se adentraron en aquel horno del diablo, él se detuvo y reculó disimuladamente.

Salta, maldita sea, le ordenó el mando desistiendo de inmediato ante el rostro de pavor que tenía ante sí. Fernando esperó a que sus compañeros volviesen, y, cuando estos aparecieron junto a la mujer, les echó su manta por encima ante la mirada de desprecio de uno de ellos.

Cuando llegó al último párrafo del informe observó cómo, junto a su nombre, figuraba la frase: Se vio incapaz de superar el miedo. Aun así, colaboró cuanto pudo.

Fernando sintió un intenso resquemor mientras introducía la carpeta en el archivo.

&&&&&

Hola, qué deseas, atendió Sebastián a una joven que acababa de entrar en la tienda. Venía a echar un vistazo a las ofertas ¿puedo? Sí, sí, claro. Estas de aquí tienen el máximo descuento, señaló unos expositores con barras horizontales repletas de

percheros con vestidos. Esos, señaló otros expositores, tienen algo menos y, aquellos del fondo, apenas si tienen rebaja. Son prendas que no pasan de moda. Gracias, agradeció la información la chica al tiempo que comenzó a contemplar la ropa tranquilamente. Pasaba la mano por faldas y vestidos. Algunos los extendía sin descolgarlos para apreciarlos más detenidamente. Cuando alguno le agradaba lo liberaba y se lo aproximaba al cuerpo anteponiéndolo al que llevaba puesto. Después buscaba un espejo y contemplaba su figura ladeándola a un lado y a otro. Sebastián notó cómo ella lo miraba a través del cristal y su rostro enrojeció como una puesta de sol. Llevas mucho aquí, le preguntó la chica. Mes y medio, respondió Sebastián. Lo suponía, no recuerdo haberte visto antes. Él no respondió. La timidez lo agobiaba. Giró su muñeca izquierda y miró la hora, pero fue solo un ademán. Cuando se abrumaba solía mirar su reloj para recuperar la tranquilidad. Le encantaban los pelucos con esferas como sartenes. Puedo pasar al probador, le preguntó la joven. Sí, sí, están ahí, y se alejó unos metros. Al rato salió ella y lo buscó detrás de uno de los expositores. Me llevo estos dos, dijo la joven mostrándoselos y sonriendo. Mi compañera te cobra, fue la respuesta lacónica de Sebastián que se alejó desapareciendo detrás de una de las puertas interiores de la tienda. Era la del aseo. Encendió un cigarrillo y trató de recuperar la calma.

&&&&&

-Baja la música de una puñetera vez si quieres irte de viaje.

Era el padre de Pedro. El sonido venía de la habitación del hijo. Estudiaba. Pero él sabía que no lo hacía. Había abandonado el bachillerato con una ristra de asignaturas que tenía colgadas como chorizos en el expediente. Las arrastró un año con otro hasta que el cobarde tiró los libros y cogió la calle, solía comentar el padre.

-Hay jóvenes que estudian mejor con música –trató de rebajar la tensión la madre-. Le pasaba a mi hermano.

-¿A tú hermano? Vamos, no me jodas.

-El niño no es malo –insistió ella-. Lo que sucede es que ahora andan distraídos hasta los treinta y cinco.

-Distraídos para lo que les interesa. No tienen cojones ni para echarse una novia y asumir responsabilidades como hemos hecho nosotros. En el fondo son todos unos cobardes.

La música volvió a escaparse con fuerza de la habitación y la madre subió precipitadamente las escaleras.

-Baja la música, niño, que tu padre se está calentando.

En la pantalla del ordenador había desplegado un texto de Historia y sobre la mesa varios libros abiertos.

-Ya me dirás cómo puedes leerlos todos a la vez -dijo la madre bajando la voz-, ni que tuvieras cuatro ojos.

-Mamá, por favor.

-No vuelvas a poner música.

La madre bajó al salón.

-¿Ves? El DJ ha apagado el equipo. Te juro que está estudiando, que me muera.

-Si se va este de viaje es solo por ti, que quede claro -y el padre abandonó la vivienda dando un portazo.

Pedro ocultó la página de Historia y apareció la de Maps con una línea gruesa de color azul. Diez horas de viaje parando a comer y a echar gasolina, anotó en el Samsung Notes de su móvil. Era la primera vez que viajaba con sus amigos y para ello había trabajado los dos últimos meses. Revisó su cartera y comprobó que en ella estaban su documento de identidad y el carnet de conducir. También la tarjeta de débito y trescientos euros en metálico. Era el único que nunca antes había atravesado Despeñaperros.

&&&&&

Luis se dirigió al sargento, que conducía el vehículo oficial. Me voy unos días de fiesta. Para eso estabas acumulando permisos, dedujo el suboficial. Luis sonrió. Los jóvenes de ahora vivís demasiado deprisa. Que no mi sargento, lo que sucede es que ustedes no han cogido el paso a las nuevas tecnologías, volvió a sonreír. El suboficial no le respondió. Patrullaban a la velocidad permitida, observando. O mirando sin observar. La rutina es la peor compañía para un servidor del orden. La circulación era escasa en la carretera comarcal. Aquí lo peor que nos podemos encontrar es un 4x4 conducido por un tío cargado de *jotabes*, dijo el sargento, mejor nos tomamos un cafelito.

-Bien dicho, jefe -dijo Luis sonriendo.

El bar estaba situado a unos pocos kilómetros del pueblo. Rodeado de la nada. En la zona de aparcamiento solo había estacionado un vehículo. Al descender del coche

patrulla, el suboficial hizo un movimiento con la cabeza. No me gusta nada, dijo. Después fijó su mirada en el automóvil. Un Audi de gran cilindrada. Has visto eso, se dirigió al agente. El coche tenía dos pequeñas abolladuras y un restregón superficial en el costado derecho.

Se dirigieron hacia el interior del establecimiento y, antes de pisar el primer escalón de la escalinata que precedía a la entrada, escucharon voces en el interior. El sargento desenfundó y miró al guardia que permanecía inmóvil.

-¿No me ves? Desenfunda, coño –le ordenó el superior bajando la voz.

Tras unos momentos de indecisión Luis lo hizo al fin. El sargento empujó la puerta de cristal y dio el primer paso. El agente le siguió. Al final del local un joven sujetaba a una muchacha por el cuello. Ella gritaba. Intentaba liberarse. Otro joven, en el interior de la barra, encañonaba al dueño del establecimiento, mientras este abría la caja registradora.

-Alto a la guardia civil –gritó el suboficial.

Encañonaba a uno y a otro indistintamente. Su brazo estirado se desplazaba como movido por una fuerza oculta, deteniéndose justo en la línea recta de las dos cabezas. De soslayo observaba a Luis que continuaba con el arma mirando al suelo. Parecía petrificado. El sargento respiró tres veces profundamente. Me cago en la leche, susurró. Por fin, el guardia levantó el brazo y apuntó directamente al que sujetaba a la chica.

-¿Lo tienes? –le preguntó el sargento.

-Lo tengo.

El suboficial dejó de apuntarle y avanzó hacia la caja registradora. El delincuente tenía un revólver en la mano derecha y un puñado de euros en la izquierda. El cañón apretaba la sien del propietario.

-Tranquilo, chaval. No te compliques la vida más de lo que ya la tienes -dijo el sargento. Luis se encontraba a unos pasos de la chica. Su mano izquierda sostenía la muñeca de la derecha intentando detener el temblor del cañón. Guardaba silencio. Era incapaz de articular palabra. El sargento captó el miedo del agente y analizó la situación. Era la primera vez que se enfrentaba a unos atracadores con él. Sabía que llevaba poco tiempo en el cuerpo y había entrado en la benemérita por los pelos. Así que decidió prescindir de él y miró profundamente al joven que tenía el dinero.

-Mira, chico. Dada la situación somos tú y yo los que tenemos que solucionar esto –el sargento hizo una pausa mientras el delincuente, sin dejar de mirarle, apretó más aún el cañón contra la cabeza del hombre-. El problema que habéis creado tiene dos salidas. O

soltáis a los rehenes y os largáis, o todos salimos de aquí con los pies por delante. Así de sencilla es la ecuación.

Los dos delincuentes se miraron desconfiando de la primera opción. Luis, que permanecía en silencio, tampoco comprendió lo que acababa de escuchar. Tenía la boca seca y estaba a punto de mearse en los pantalones. Le costaba respirar. El sargento dedujo que no saldría agua de aquella fuente y decidió continuar solo por el laberinto psicológico en el que se había adentrado.

-Mira, chaval. Tú le ordenas a tu colega que suelte a la chica. Después –hizo una pausa-, haces lo propio con este señor. ¿Entiendes lo que digo? Y, a continuación, muy despacio, los dos, con los brazos en alto, abandonáis el local –hizo otra pausa-. Es así de sencillo. Nosotros os dejamos marchar y vosotros continuáis disfrutando de ese Audi tan bonito.

El joven no dijo nada. Tras meditar en silencio, respondió al sargento con la mirada y el suboficial lo hizo de la misma manera. La tensión acumulada apaga la voz la mayoría de las veces. Igual que lo hace el miedo. De pronto, la palabra sonó como salida de un trueno.

-Suéltala –ordenó a su colega desde el interior de la barra.

Tardó una eternidad. Posiblemente tres segundos. Los mismos segundos que la chica buscó los ojos de Luis, pero no los encontró. El delincuente retiró su brazo del cuello de ella y la muchacha corrió despavorida hacia el interior de la cocina. Lentamente, el atracador levantó las manos mientras su compañero se guardaba el dinero en el bolsillo, liberaba al dueño y levantaba las suyas. Las dos armas miraban al techo. El sargento se retiró de la barra y Luis reuló hacia las mesas. En un instante, los dos jóvenes huyeron en el Audi.

-Da la alarma –ordenó el sargento al agente.

Luis corrió hacia el coche patrulla. Cuando volvió a entrar en el bar, su superior se acercó a él disimuladamente y le susurró al oído.

-Para ser guardia civil hay que tener dos cojones.

## EL VIAJE

La puesta de sol no había servido para nada. Era verano y en esa parte del mapa la temperatura de la noche continúa amenazante torturando el ánimo de la gente. Da la impresión de que durante la oscuridad permanecen incandescentes los rescoldos

imaginarios que provoca el calor. Al grupo de whatsapp llegaron distintas frases. Nos vamos coño, decía una de ellas seguida de varios emoticonos expresando carcajadas. No olvidéis los móviles, decía otra. Aquello no es una fiesta Pedrito, es una mezcla de éxtasis, metadona y speed. A la mierda los uniformes por unos días. Y la tienda. Que venda vestidos su puta madre.

A medianoche el vehículo conducido por Pedro se detuvo junto a la plaza. Hizo varias ráfagas y, al instante, los otros cuatro colegas entraron en el coche. Si os digo la verdad yo nunca he pasado de Despeñaperros para arriba, dijo Pedro. Pues hoy lo vas a pasar y además de chófer, le dijo riendo Julián. Mañana vas a saber lo que se cuece allá arriba, Pedrito, continuó Sebastián. Y a vosotros dos que os pasa, se dirigió Julián al bombero y al guardia civil. En el rostro de ambos se reflejaba lo vivido recientemente. Fernandito, coño, alegría esa cara que nos vamos de fiesta, insistía Julián intentado levantar el ánimo de los dos de uniforme. Y a ti, Luis, qué te pasa. Es que se te ha escapado algún atracador, y Julián soltó una ruidosa carcajada. Vaya guardia civil de mierda, y volvió a reír.

El automóvil atravesó los acueductos del famoso desfiladero y el silencio se había instalado en el coche como un viajero más. Así se adentraron en las llanuras de La Mancha. Mira, sonó de pronto la voz de Sebastián, ese es Luis, y señaló una escultura de Don Quijote cuya silueta destacaba en la oscuridad bajo unos potentes focos. Y ese es el Julián, señaló a Sancho Panza y comenzó a reír.

La risa fue contagiando al resto hasta alcanzar al bombero y al guardia que se incorporaron al regocijo volviendo sus semblantes al presente. Estamos de permiso, no, se dirigió el bombero al guardia civil. Pues a tomar por el culo la benemérita y las mangueras de los cojones.

Se estaban acercando a Madrid y las estridentes risas alcanzaron el Cerro de Los Ángeles. En la cima del monumento, Jesucristo pareció estremecerse al escuchar aquellas carcajadas. Miró a sus pies. A los grupos de santos que le acompañaban desde que se erigió el monumento. La “Humanidad santificada” a su derecha. A su izquierda, la “Humanidad que tiende a santificarse”, que representa el camino para llegar al cielo. Después posó su mirada en el coche de aquellos individuos y, con su mano derecha, esculpida en piedra caliza, pareció santiguarse.

Dentro del vehículo continuaba el estruendo de risas amplificadas por los nervios que aparecen ante un acto de colonización. Rodearon Madrid dejándolo atrás. Cómo andas, Pedro, preguntó Julián. A ver si te vas a dormir al volante y España va a perder cinco

tíos cojonudos. Estoy bien. Tómate un café solo, doble, dijo Luis, es lo que yo hago cuando estoy de servicio por las noches.

Continuaron viaje. Al rato fueron cubiertos por la alborada y, sin darse cuenta, atrapados por el amanecer. Cuando amanece todos los días se presentan iguales, todo transcurrirá de igual manera. Pero el destino, inesperadamente, en algún lugar del camino, puede cambiarlo todo.

## LA CAZA

Al llegar a la ciudad aumentó la algarabía dentro del coche. Sonaron cánticos y se doblaron las palmas. La alegría se desbordaba por las ventanillas abiertas para respirar el aire fresco del norte. Estacionaron el vehículo. Se acicalaron en los aseos del parking público, comprobaron que sus móviles estaban cargados como hacían los pistoleros del Oeste con sus revólveres, y los cinco magníficos comenzaron a caminar en línea horizontal emulando a los componentes de Grupo Salvaje, la famosa película de Sam Peckinpah.

Avanza la mañana y comienza la trashumancia hacia el centro urbano. La muchedumbre crece, la confusión se extiende, los cerebros se atrofian y los gaznates se refrescan con cataratas de alcohol. Aquella marea roja y blanca comenzaba a cubrir el asfalto y las aceras. Son manadas de elefantes sin marfil, de cebras sin rayas, de toros sin astas, o de humanos sin alma, que viene a ser lo mismo.

Calles apiñadas como los vagones nazis camino de las adulteradas duchas. Mentas obsesionadas con la obligación de divertirse por decreto hasta la extenuación, necesidad inoculada en sus mentes por una tradición también adulterada, cuyo fin culmina inevitablemente en la ebriedad.

Los cinco magníficos se han adentrado por fin en la multitud perdiendo su identidad. Nadie los conoce. Se sienten libres, impunes. Como siempre. Ellos buscan también dar rienda suelta a la juerga. A eso han venido desde allá abajo. Están seguros de que les aguarda el Paraíso. Un Paraíso del que nunca han sido expulsados.

Las horas pasan deprisa empujadas por la concupiscencia. Bajo el crepúsculo el suelo de la ciudad comienza a llenarse de cuerpos. Parecen cadáveres. La escena recuerda el final de una batalla en la antigua Roma, pero hay supervivientes que aún no han caído aunque sus ropas estén empapadas de sangría.



Los cinco magníficos forman parte de ellos y comen al paso, cualquier cosa. Cuando se cierra la noche comienzan a deambular, pero ahora lo hacen en silencio. Hay luna llena. Se han dispersado como hacen los depredadores cuando cazan. De pronto, uno de ellos olfatea una presa y la descubre sentada en un banco. Es otra superviviente. Se aproxima a ella, husmea, y se sienta a su lado. La chica responde confiada. Se levantan y él la acompaña. Las callejuelas están casi desiertas. Caminan, hablan, ella no piensa en nada, él lo tiene todo pensado.

Sin que la muchacha se percate, el sujeto levanta la mano para que los otros cuatro se aproximen cautelosamente. A unos metros divisan un portal. Ella observa cómo los perseguidores aceleran el paso y, cuando se encuentran a la altura de la puerta, está ya rodeada.

Los ojos de los cinco han enrojecido de pronto. La introducen en el portal y la despedazan moralmente. Uno a uno, la van devorando hasta dejar su dignidad en los huesos, pero, mientras está siendo devorada, la chica ha podido fijarse en la enorme esfera de un reloj. Vámonos, se escucha una voz. En un instante la dejan tirada en el portal y huyen.

Y es en ese preciso instante cuando en los montes que rodean la ciudad un lobo aúlla con toda su fuerza. Tanta, que el espeluznante aullido sobrecoge a los que aún deambulan por calles y plazas.

El instinto del animal ha captado que, a kilómetros de distancia, bajo el influjo de la luna llena, unos individuos han usurpado su esencia y la de su manada. La de atacar solo para comer.

**FIN**